

**Opera, Fernando. Cautivos.
Argentina: Ediciones Instituto
Movilizador de Fondos Cooperativos,
1998.**

DE FRANCISCO NUÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑAN
EL CAUTIVERO FELIZ ENTRE LOS ARAUCANOS

Francisco Nuñez de Pineda y Bascuñán terminó de escribir el relato de su cautiverio con los indios araucanos de Chile en 1673. Lo tituló Cautiverio Feliz. El título no engañaba el propósito de la narración en la que Nuñez de Pineda describió sus siete meses de cautiverio con los indios como una época libre y feliz, tan sólo enturbiada por los esporádicos intentos de los caciques de la cordillera andina por acabar con su vida. Nuñez de Pineda era un crollo de padre español nacido en 1609 en San Bartolomé de Chillán, Chile, en la frontera araucana. Fue educado por los jesuitas en Concepción. A los veinte años de edad, participó en la batalla de Las Cangrejeras (1629) contra los indios araucanos. Los españoles, como en otras muchas ocasiones, fueron derrotados y Nuñez de Pineda fue tomado cautivo. Se salvó gracias a la mediación del cacique Maulipán, quien había vivido con los españoles anteriormente, conocía a su padre y se convirtió en su protector. La narración ofrece una viva estampa de la vida entre los araucanos en la que se narran escenas de la vida diaria: siembra de campos, fiestas, parlamentos de jefes y caciques; se narra incluso el sacrificio de un cautivo. En ese conjunto de escenas cotidianas, no faltan narraciones en las que aparecen "indios carapálidas", así llamados aquellos españoles que eligieron vivir con los indios antes de ser canjeados. El autor aprovecha la ocasión para acometer contra la administración colonial, acusando a administradores y jueces de los desastres de las guerras en el Arauco, causadas por las muchas injusticias y abusos cometidos contra los indios. De alguna forma se ha considerado el texto de Nuñez de Pineda y Bascuñán como un alegato moral. Su cautiverio feliz no fue una excepción. Entre los indios del continente existía una voluntad proselitista

identificable en el deseo de asimilar a los cautivos y el buen tratamiento que en ocasiones les dispensaron.

36

Mi amado padre, imposibilitado de proseguir con su fervorosa inclinación de servir a S.M., con los trabajos que en este reino pasó desde edad de catorce años hasta los de sesenta y seis, determinó sacarme de la clausura y colegios a donde desde edad de seis años me había puesto. Fui a cumplir el mandato de mi padre al estado de Arauco, adonde de soldado procuré hacerme capaz en breve tiempo de lo que a un militar de obligaciones le es forzoso y conveniente y que procura no quedarse atrás en el ejercicio que profesa.

El año 1629, a los diez días del mes de abril, entró el enemigo a molestar la comarca y distrito de la ciudad de Chillán como aves de rapiña, procurando molestarlos con los daños que acostumbraban en sus malocas, entradas y salidas.

En este tiempo y ocasión asistía yo al tercio de San Felipe de Austria, ocupado en una compañía de infantería española, adonde tuvimos aquella noche el aviso de lo que el antecedente día había sucedido; con lo cual se determinó el sargento mayor del dicho tercio a salir al encuentro del enemigo. Una legua de nuestro cuartel llegaron más de ochocientos enemigos y en un estrecho paso del estero que llaman las Cangrejeras, nos aguardaron retirados y alentados, adonde tuvimos un encuentro y batalla campal. Luego nos tocaron alarma de que el enemigo había corrido nuestras estancias comarcanas y hecho gran estrago en ellas, cautivado y muerto muchos habitantes, quemado y saqueado algunas chacras y heredades. Habiendo montado a caballo los infantes que pude, llegué con toda prisa al sitio adonde la caballería derrotada nos estaba aguardando.

El enemigo no aguardó dejarnos acabar de poner en orden para la batalla, pues embistiendo contra nosotros en forma de una media luna se vino acercando a nuestro pequeño escuadrón. Erales el tiempo favorable por ser lluvioso y el viento norte apresurado y recio, que nos imposibilitó nuestras armas de fuego, de manera que no se pudo dar más de una carga, y esa sin tiempo ni razón. Con que al instante su infantería y caballería cargó sobre nosotros con tal fuerza y furia, que a los ochenta hombres que nos hallábamos a pie, nos cercó la turbanula y murieron los más como buenos y alentados soldados peleando valerosamente. Los pocos que conmigo asistían iban cayendo a mi lado. Después de darme una lanzada en la muñeca de la mano derecha, quedando imposibilitado de manejar las armas, me descargaron un golpe de macana, que así llaman unas porras de madera pesada y fuerte que usan estos enemigos. Me derribaron en tierra dejándome sin sentido. De no estar bien armado quedara en esta ocasión sin vida entre los demás capitanes, oficiales y soldados que murieron. Cuando volví en mí y cobré algunos alientos, me hallé cautivo y preso de mis enemigos.

Considerándome preso y entre mis enemigos, se me vino a la memoria ser mayor el peligro y riesgo en que me hallaba, si me conociesen por hijo del maestro general Alvaro Núñez de Pineda, por el abotrecimiento grande que mostraban al nombre de Alvaro y aversión que le habían tomado por los daños recibidos. Habiéndome preguntado quién era y de dónde, respondí ser de los reinos del Perú y haber poco tiempo que asistía por soldado en estas partes. Y estando con algún sosiego después del golpe mortal que me tuvo un buen rato sin sentido, llegó a nosotros un indiezuelo ladino que, pocos días antes del suceso se había ausentado agregándose a los enemigos por algunas vejaciones y tratamientos malos que había recibido, diciendo en altas voces: muera, muera este capitán sin remisión alguna, porque es hijo de Alvaro Malincampo (que así llamaban a mi padre), que tiene nuestras tierras destruidas y a nosotros aniquilados y abatidos. A estas razones y alaridos se agregaron otros muchos, no menos enfurecidos y rabiosos, que levantando en alto las lanzas y macanas in-

37

38

tentaron descargar sobre mí muchos golpes y quitarme la vida. Mas llegó a dilatármela piadoso uno de los más valientes y estimados capitanes llamado Lientur.

El tiempo que este valeroso caudillo asistió entre los nuestros fue de los mejores amigos y más fieles que en aquellos tiempos se conocían: por cuya causa le hizo grandes agasajos y cortesías el maestro de campo general mi padre mientras gobernó estas fronteras, aunque después enemigo feroz de las obras y tratos de otros superiores ministros, le obligaron a rebelarse y dejar nuestra comunicación y trato.

Acercóse a nosotros el famoso Lientur. Lo primero, fue con preguntarme si yo era el hijo de Alvaro. Respondí turbado que yo era el miserable prisionero. Volvió con esto los ojos a Maulipán, diciéndole las palabras y razones siguientes: Tú, capitán esforzado y valeroso, te puedes tener en la ocasión presente por feliz y el más bien afortunado, que la jornada que hemos emprendido, se ha encaminado sólo a tu provecho, pues te ha cabido por suerte llevar al hijo del primer hombre que nuestra tierra ha respetado y conocido. Aunque es verdad que hemos derrotado y muerto gran número de españoles y cautivado muchos, han sido todos chapecillos (soldados bisoños) que ni allá hacen caso de ellos, ni nosotros tampoco. Este capitán que llevas es el fundamento de nuestra batalla, y aunque te han persuadido y aconsejado rabiños que le quites luego la vida, yo soy y seré siempre de contrario parecer, porque con su muerte ¿qué puedes adquirir ni granjear sino es que con toda brevedad se seplite el nombre y opinión que con él puedes perpetuar?

Supé acudir a la obligación que me pusieron las palabras de mi bienhechor. Hasta que le perdí de vista no las pude quitar de mi presencia, considerando una y muchas veces si fue algún ángel de la providencia divina despachado para ayuda y socorro de tan terrible trance y conflicto. Desde aquel punto y hora dio principio el señor de mi voluntad a tratarme con amor, con benevolencia y gran respeto, pues habiendo empezado a despojarme del vestido, me puso un capotillo que él traía y un sombrero en la cabeza a causa de que el tiempo con sus lluvias continuas obliga-

iba a marchar con toda prisa y apresurar el paso hacia sus tierras. Nos fuimos acercando al río Bío-Bío en un cuerpo hasta llegar a sus orillas. Sus precipitadas corrientes se veían aumentando a cada paso a causa de que el temporal con vientos desahorados y aguaceros deshechos nos atribuían de manera que parecía haberse conjurado contra nosotros. En quince días que nos dilatamos en llegar a sus tierras no gozamos del sol ni de sus rayos dos horas continuas.

Llegamos los últimos de la tropa, al abrochar la noche sus cortinas, al caudaloso río referido, diez indios compañeros, un soldado de mi compañía llamado Alonso de Torres, que también iba cautivo como yo en esta ocasión. Determináronse a desandar lo andado para pasar el esguazado brazo del río. Para ponerlo en ejecución, me ordenó mi amo como dueño absoluto de mi libertad, que me desnudase y pusiese más ligero, a que le respondí que de ninguna suerte sabía nadar ni sostenerme en el agua, poco ni mucho. Y por obedecerle más que por mi gusto, me desnudé y sólo quedé con la camisa. Me puso a caballo en un valiente rocín que para más seguro de mi vida me lo ensilló diciéndome: subid en él y no hagáis más que asiros en la silla fuertemente, o de la crin del caballo, que él os sacará afuera. Caminamos de esa suerte todos los diez indios que quedaron, el soldado Alonso Torres y yo en demanda del paso, que se reconoció ser el más angosto por donde nos arrojamos con pocas esperanzas de salir con bien de las corrientes rápidas del río, y yo sin ninguna, pues al entrar en ellas nos arrebataron de tal suerte y con tanta velocidad, que en muy breve tiempo nos desaparecimos los unos a los otros, y tan turbado mi ánimo y mi espíritu, que no supe si estaba en el agua, en el cielo o en la tierra. Sólo cuidé de aferrarme en la silla o en el fuste lo mejor que pude y de encomendarme a nuestro Dios y Señor. A los demás que, juntamente se echaron con nosotros, se los llevó el río más de tres cuadras abajo de donde salimos el otro soldado, mi compañero y yo, con otro indio que se halló en un alentado caballo.

Cuando el soldado mi compañero consideró que estaban de nosotros más de tres cuadras los indios río abajo, me dijo: señor

capitán, esta es buena ocasión de librarlos, estos enemigos no pueden salir tan presto del peligro y riesgo en que se hallan, y entretanto podemos ganar tierra, de manera que por poca ventaja que les llevemos no se han de atrever a seguir nuestras pisadas. El pensamiento no fue mal encaminado, y en los primeros lances su resolución me pareció acertada.

Consideré que el indio que salió juntamente con nosotros estaba a la mira y alerta a nuestras razones y con la lanza en la mano, que a cualquier movimiento que quisiéramos hacer para nuestras tierras, había de seguirnos y, dándonos alcance, peligrar las vidas. Yo le consolé diciendo: amigo y compañero de mis trabajos, no faltará más segura ocasión en que nos podamos ver libres de estas penalidades y desdichas.

Con estas consideraciones fuimos el río abajo caminando en demanda de nuestros amos, donde encontramos otro indio que nos dio razón de que mi amo había aportado a una isla pequeña. Fuimos caminando con este aviso, y a poco trecho le divisamos en la isla con otros compañeros que habían aportado a ella.

Mi amo, que en la tropa y cuadrilla que hallamos en aquel alojamiento tenía algunos amigos y parientes, de los cuales supo con evidencia cómo se estaban convocando y disponiendo todos los caciques y los demás capitanejos para ir a nuestro alojamiento resueltos a comprarme entre todos para quitarme la vida luego que llegásemos a sus tierras, y con mi cabeza hacer un gran llamamiento y volver a nuestras fronteras con grande ejército a destruir las y acabarlas.

Grande fue el susto y pesar que recibí cuando vi entrar una procesión tumultuosa de demonios en demanda de nuestro alojamiento, con sus armas en sus manos, y a un mozo pobre soldado de los que llevaban cautivos, en medio de ellos, liadas para atrás las manos, tirándole un indio de una sogá que llevaba al cuello. Llegaron de esta manera al ranchuelo que habitábamos y aunque mi amo escusó salir de él conociendo la intención con que venían, habiendo hecho alto todos juntos en un pradecillo, fueron enviados los más principales a llamarle que conmigo estaba dentro de la choza. Le fue forzoso acudir al llamamiento y llevarme a

su lado, a donde con hartor dolor de mi alma fui en su compañía. De verdad que en aquel trance estaba bastante animado a morir por la fe de nuestro Dios y Señor como valeroso mártir.

Seguimos a los dos caciques mensajeros y llegamos al lugar adonde nos aguardaban los demás ministros y soldados; y luego se fueron poniendo en orden según el uso y costumbre de sus tierras. En medio pusieron al soldado que trajeron liado para el sacrificio, y uno de los capitanejos cogió una lanza en la mano, en cuyo extremo estaban tres cuchillos a modo de tridente, bien liados; y otro tenía un toque, que es una insignia de piedra a modo de un hacha astillera que usan los regues y está en poder siempre del más principal cacique, a quien llaman toque. Y esta insignia a modo de hacha sirve en los parlamentos de matar españoles. Si el gobernador o toque es muy viejo, o poco retórico, suele sustituirlo y dar la mano a quien le parece entendido, capaz y discreto. Putapichun cogió en la mano el toque o en su lugar, una porra de madera que usaban entonces sembradas de muchos clavos de herrar y dio comienzo a su parlamento con grande arrogancia y energía; lo que acostumbraban hablando con cada uno de los circunstantes, dando principio por los más antiguos y por los que tienen adquirida por sí mayor estimación y aplauso. Concluyó su plática con decir a Maulipán, mi amo, lo que sigue: esta junta de guerra y extraordinario parlamento no se ha encaminado a otra cosa que a venir mancomunados a comprarle este capitán que llevas. Y porque no imagines que lo queremos sin que tengas el premio de tu trabajo, te ofrece el cacique Antegueno dos caballos buenos, una oveja de la tierra y un collar de piedras ricas. Incopichun ofrece dos ovejas de la tierra y un caballo bueno ensillado con una silla labrada que fue de los españoles, y Nallicán ofrece un español de los cautivos que llevamos, Namoncura dos collares y dos ovejas de la tierra. Yo te ofrezco una hija y mi voluntad con ella, y entre todos los demás circunstantes ofrecen cien ovejas de Castilla. Con todas estas pagas se pueden comprar entre nosotros más de diez españoles. Hoy parece que nuestro Pillán (que así llamán al demonio o a su dios) nos es favorable y propicio, pues la buena fortuna nos ha seguido en es-

tas dos entradas que hemos hecho, en las cuales han quedado muertos y cautivos más de 150 españoles, quemado más de 30 estancias, cautivado y muerto en ellas número de más de 300 almas, y traído más de 2.000 caballos. Y para seguir nuestra feliz suerte y dicha conocida es necesario hacer un gran llamamiento con la cabeza de ese capitán que te pedimos que es hijo de Alvaro, cuyo nombre está derramado y esparcido por toda la redondez de nuestra tierra y su dicha y fortuna ha sido conocida en gran daño y perjuicio nuestro. Este es el que habemos menester para sacrificarle a nuestro Pillán por los buenos aciertos que nos ha dado. Y tú has de ser el dueño de esta militar acción como valeroso capitán y caudillo.

Putapichun, con el toque en la mano, habiendo puesto a los sacrificadores en medio, le entregó a mi amo una porra de madera pesada sembrada toda de clavos de herrar, las cabezas para ahuera y el cuchillo que había puesto hincado en medio de los dedos, que representaba la parcialidad de Maulipán, mi amo y de los suyos; y los otros dos cuchillos mandó a los acólitos o ministros los cogiesen en las manos cada uno el que le tocaba, siendo uno de la parcialidad de la cordillera y el otro de la costa. Con ellos y sus lanzas arboladas se pusieron a los lados del sacrificante, el cual se fue acercando al lugar donde aquel pobre mancebo estaba o lo tenían asentado, despidiendo de sus ojos más lágrimas que en las que los míos, sin poder detenerse, se manifestaban. Con que, cada vez que volvía el rostro a mirarme, me atravesaba el alma, correspondiéndonos con unos suspiros y sollozos desmedidos.

Estando en esto, le dio en el cerebro un tan golpe, que le echó los sesos fuera con la macana o porra claveteada. Al instante los acólitos que estaban con los cuchillos en las manos, le abrieron el pecho y le sacaron el corazón palpitando y se lo entregaron a mi amo, que después de haberte chupado la sangre, le trajeron una quita de tabaco, y cogiendo humo en la boca, lo fue echando en una u otras partes, como incensando al demonio a quien habían ofrecido aquel sacrificio. Pasó el corazón de mano en mano y fueron haciendo con él la propia ceremonia que mi

amo. Entretanto andaban cuatro a seis de ellos con sus lanzas corriendo a la redonda del pobre difunto dando gritos y voces a su usanza y haciendo con los pies temblar la tierra:

Acabado este bárbaro y mal rito, volvió el corazón a manos de mi amo y haciendo de él unos pequeños pedazos, entre todos se lo fueron comiendo con gran presteza. Persuadieron con instancia a Maulipán los caciques que respondiese o hablase lo que tenía que decir en razón de mi compra y venta, pues reconocian lo que importaba mi cabeza para la quietud y sosiego de sus tierras. El astuto guerrero razonó de esta suerte: vuestra demanda es muy justa y vuestra intención muy conforme al bien y reparo de nuestra amada patria, y claro está que yo no he de faltar a lo que es encaminado a su mayor provecho. Mas no será razón que estando tan cerca de mi padre y de los demás caciques de mi patria y comarcanos, me vaya sin él. Dejad que le lleve a vista de los de mi casa, de los demás toques y caciques principales, para que reconozcan y vean que soy persona de todo valor y esfuerzo, acreditando con él en esta ocasión lo que en otras escaseó la fortuna. Dentro de breves días de mi llegada os lo remitiré o llevaré en persona para que donde tuvieséis gusto, dispongáis el parlamento para la ejecución.

A estas razones que acabó de pronunciar el astuto y magnánimo gentil, aplazaron a mi amo para dentro de quince días, que le enviarían las pagas ofrecidas sin que faltase alguna, para que en su retorno me remitiese a sus tierras, en donde se habría de hacer el parlamento con toda solemnidad y junta de contornos. Se despidieron los unos de los otros muy contentos después de haber dejado la cabeza de aquel desdichado mancebo clavada en una estaca gruesa y levantada, y el cuerpo en aquel suelo o campo raso ofrecido a las bestias por sustento. Nosotros nos quedamos en nuestro alojamiento: entretenidos en el reparo de nuestras pequeñas chozas.

En el rancho de Colpoche, que era el mayor y más desocupado para el efecto de holgarse y entretenerse en comer, beber y bailar, nos alojamos arimados a un fogón. Fueron poniéndonos por delante para que cenásemos, algunos guisados a su usanza

con algunas tortillas, platos de papas, envoltorios de maíz y porotos, y al fogón adonde asistíamos trajeron muchos asadores de carne gorda. Llegó en esta ocasión Maulipán, mi amo, que con los demás danzantes había estado bailando, y de haber bebido de varios licores y chichas fuertes traía la cabeza algo pesada, a quien brindé con la fruilla que me había quedado en el cántaro; y mi camarada y amigo se levantó diciendo: vamos a bailar capitan, un rato, y luego te vendrás a dormir.

Algunas horas antes del amanecer, me despertó del sueño Maulipán, mi amo, con grande regocijo y alegría diciéndome: capitán, ya es tiempo de ir disponiendo nuestro viaje, porque estoy con grandes deseos de ver a mi amado padre, a mis hijos y a mi tierra. Madrugó Maulipán antes que rompiese el día, porque no hay nación en el mundo que tanto estime y ame el suelo donde nace como ésta de Chile, pues se ha visto en ocasiones llegar a cautivar algunos indios de los más ancianos y viejos, y por no salir de sus tierras, permitir los hiciesen pedazos antes que tener vida fuera de sus límites y contornos.

El siguiente día, cerca de las tres de la tarde, salimos para la fiesta los vecinos, sujetos y comarcanos de Llanca-reu, cacique principal de Repocura, con Maulipán, su hijo, y sus familias, quedándose en resguardo de los ranchos las más viejas mujeres e impedidas. Salió el gobernador de aquellas atillareguas y dueño de aquel festejo Ancanamón con diez o doce caciques de su parcialidad a recibimos. Llevaban tras de sí otras tantas mujeres y hijas suyas, con un cántaro moderado de chicha en la mano cada una y un jarro para ir la repartiendo. No dejaba de darme cuidado de hallarme en semejantes juntas y borracheras, adonde se priva del juicio y está la vida de un pobre prisionero sujeta a la voluntad de cualquier mal intencionado, faltar de razón y de entendimiento, por no tener esta nación cabeza superior que los sujete.

Dentro de pocos días después que hubimos vuelto del festejo y convivie de Ancanamón, cuando con más gusto me hallaba en varios entretenimientos y ejercicios, cazando pájaros, corriendo perdices y a ratos ayudando a sembrar y a hacer cháccaras a las mujeres, me sobrevino una pesadumbre y disgusto repentino. Y

es que vino oculto un mensajero enviado de Colpoche, mi amigo, que nos festejó en su rancho, y en todo secreto habló con el toque principal Llanca-reu y Maulipán, su hijo, con un mensajero significándonos la resolución con que estaban los caciques de la cordillera, nuestros enemigos, de venir a los ranchos de Maulipán una noche y maloquearlos para cogermelos descuidados y llevármelos resueltamente, y poner en ejecución su intento a fuerza de armas. Para lo cual habían convocado más de doscientos indios. Agradeció Maulipán el aviso en extremo, y yo de la misma suerte quedé tan reconocido que le di dos abrazos al mensajero y le rogué que se los diese en mi nombre a mi amigo Colpoche. El pasó adelante hacia la costa, porque no sospechasen. Disimuló Maulipán la embajada, no dándole a entender a ninguno de los suyos, con que nos volvimos adonde los demás estaban cavando y sembrando las chacras. Acabamos con la noche nuestra faena y aunque se pusieron a beber en el rancho de mi amo y a bailar, como se acostumbra después del trabajo, salió Maulipán con su padre Llanca-reu y comunicaron despacio el mensaje que nos habían traído, y acordaron manifestarlo a los otros caciques sus amigos, y que Maulipán se ausentase de su rancho y se fuese a casa de uno de los caciques, y a mi me dejasen en el monte bien escondido y oculto y en parte donde no diesen conmigo.

Al cabo de algunas horas después de media noche, cuando más favorecidos y alegres se hallaban los compañeros, me llamó Maulipán y el viejo Llanca-reu y me dijeron: quiero llevarte al monte donde estés algunos días mientras pasa la furia de nuestros adversarios. Mis sobrinos irán de noche a dormir contigo y te llevarán de comer sin que lo sepan los de mi casa.

Salimos a aquellas horas Maulipán y yo, y en nuestra compañía los dos muchachos y nos fuimos entrando en la montaña. Lo que llevamos en nuestro favor fue la claridad y resplandores de la luna que estaba en vísperas de su lleno, porque de otra suerte imposible penetrar lo denso y escabroso de las ramas. Llegamos a un rancho que estaba en medio de unas frondosas hojas emboscado. Allí nos quedamos los dos muchachos y yo. Maulipán, mi amo, se volvió a su habitación sin dar a entender a persona

alguna de donde venía ni el sitio en que me dejaba. Allí en aquel elevado emboscadero estaba solo el día, porque los muchachos mis compañeros se retiraban al rancho y al mediodía me tratan de comer.

A los cuatro días que estuve en aquel emboscadero, llegaron aquella noche al cuarto del alba los caciques de la cordillera mis adversarios, con tropa con más de doscientos indios armados. Unos se enderezaron a los ranchos de Maulipán y Llancareu y otros se encaminaron al monte donde estábamos durmiendo los muchachos y yo. Al ruido de los caballos dije a mis compañeros que de ninguna suerte hiciesen movimiento alguno. No deben ser, sino los españoles (dijo uno de ellos) que vienen a malquerarnos. Es imposible (les respondí) porque no es tiempo de eso, que están los ríos muy crecidos. Callemos ahora y no hagamos ruido que parecen que están muy cerca de nosotros. Con estos sustos y recelos nos estuvimos sin mover, ni osar hablar una palabra, hasta que Dios fue servido de que se sosegase aquel tumulto. Al romper el día vimos pasar las tropas enemigas por la parte del río, que se retiraban después de haber penetrado nuestro monte y registrado los ranchos de mi amo. Sólo hallaron al viejo Llancareu y mujeres, quienes les dijeron que fuesen donde estaba su hijo Maulipán, que allí me tenía a mí, que fuesen a buscarlos, que él sabría defenderse. Y como no hallaron lo que deseaban se volvieron a sus tierras.

Llegaron mis compañeros los muchachos con aviso que mi amo había vuelto a su casa del retiro que había hecho deseoso de verme y abrazarme. Salimos de la montaña con vislumbres de la luna. Llegamos a los ranchos como ocultos, adonde hallamos a Maulipán, mi amo, con Llancareu su padre y toda su familia. Vieron a resolver que vendría pasarme más adelante dos o tres leguas a casa de un amigo suyo, cacique de mucho respeto, poderoso y rico y muy inclinado a los españoles. Dejéronme en esta parcialidad de aquel cacique. Despidiéronse amorosamente de mí diciéndome que muy pronto irían a verme pues estaba muy cerca. Ocurrió que en algunas parcialidades había españoles antiquísimos. E inquiriendo la causa me sacó de esta duda un in-

dió amigo y en nuestro lenguaje ladino me dijo que, los españoles que habían quedado entre ellos, no eran cautivos, sino que eran de los que por su gusto entre ellos estaban viviendo a su usanza, no como cristianos, gozando del vicio y del ocio de los demás infieles.

El cacique Quilalebo, mi nuevo amigo, cogió de la mano a su hija que estaba entre las demás bailando y la trajo acompañada con las otras a donde nosotros estábamos, y la dijo que me cogiese de la mano y bailase conmigo, porque me la tenía dada para mujer, que es lo que acostumbraban las solteras cuando quieren que las correspondan los que no tienen mujeres, o cuando quieren hacer alguna lisonja a los caciques viejos. Y de esta suerte suelen casarse en estas fiestas y bailes que llaman ellos gñapitun. Jamás me vi más atribulado, ni más perseguido del demonio que en esta ocasión forzosa e inexcusable, porque era aplaudido de los caciques y solicitado con amor y voluntad a sensuales apetitos; que si en otras ocasiones me pusieron en semejantes empeños, no con tantos aprietos y demostraciones tan afectuosas como las de Quilalebo, padre y dueño de las acciones de su hija.

Puesto ya en el empeño con la moza de mano, la comuniqué con apacible semblante, entre el bullicioso ruido de los demás caciques, que eran de gran estimación los favores que su padre me hacía, entregándome una prenda de tanta estimación como lo era su hermosura, no era para menos que confesarme por humilde esclavo suyo; pero que la suplicaba me perdonase la cortedad y encogimiento que hallaría en mis acciones (y esto fue quitando mi mano de la suya) porque la deseaba servir con más fundamento, porque como no era cristiana y profesaba diferente ley que la mía no podemos los cristianos quebrantar nuestros institutos en ofensa de Dios. Que esto era lo principal de mi reparo, y lo otro, el estar aguardando a la primavera para mi rescate y que sentiría con extremo prendarme en su amor y no ser para muchos días; que le prometía con toda verdad, que si por algún camino se perturbase mi salida y no tuviese efecto el verano siguiente, trataría de quedarme con su padre y ajustarme a vivir entre los suyos. Respondiome la moza cortésmente y con agrado

que ella no había de hacer más que lo que su padre le ordenase, a quien estaba sujeta y su voluntad subordinada.

Grande fue la felicidad y buena suerte que entre estos bárbaros infieles tuve afortunado, así por el amor con que me trataban los principales caciques, como por la dicha que me acompañó contra las traiciones de los que anhelosos solicitaban el último y desastroso fin de mis días.

Al cabo de algunos días, que no pasaron muchos de los señalados, llegó el embajador Molburante, acompañado de doce amigos comarcanos, deudos y parientes suyos, y de los caciques presos, por quienes me habían de rescatar. Esto fue al amanecer, a los veinticuatro de noviembre, víspera de Santa Catalina. Ya estaban los caciques Turepillán, Quilalebo, mi amigo, y Molburante, nuestro mensajero, se levantó entre los demás principales que le asistían, con el ramo de canelo en la mano, y poniéndose en medio del círculo o rueda que los demás hacían asentados, y las mujeres formaban otra a las espaldas de ellos, razonó con elegancia, que como era fronterizo y de buen arte, estaban de sus labios pendientes todos, y dijo estar muy agradecido de mi amo Maulipán, no sólo por la liberalidad con que me había entregado para el rescate de su cuñado Taygüelguéño y de otros caciques que estaban presos, sino también por todo el esfuerzo con que me había defendido de la furiosa intención y rabiosa ira de los caciques del distrito de la cordillera; y que no menos lo estaba de Quilalebo y de los demás caciques imperiales que me habían defendido.

Ya en este tiempo había transcurrido el sol sus lucientes rayos y prevenidos tenían los caballos con que Molburante trató de apresurar nuestro viaje, porque antes que amaneciese habíamos de llegar a su casa, o estar ocultos todo el día para volver a caminar de noche. Llegué a despedirme de las mujeres de mi huésped, y de la española y de su hija. Las dije que se quedasen con Dios, que ya había llegado el plazo de mi partida y que mirasen lo que me mandaban y lo que se les ofrecía de su gusto. Salimos para tierra de cristianos a los veinte y siete días de noviembre año de 1629, al ponerse el sol; agregándose al número que sali-

mos de la Imperial más de cincuenta lanzas con que fueron en mi compañía más de ochenta indios bien armados y resueltos a defendermme de los enemigos serranos.

A los veinte y nueve días de noviembre, llegamos a los muros del cuartel Nacimiento, con bandera de paz y un lienzo blanco que en una caña habíamos puesto. Hablaron los caciques por entre los maderos y preguntaron si estaban los prisioneros caciques dentro del fuerte, por quien yo había de ser rescatado, y respondieron que sí. Con esto nos arriamos a las puertas de la contramuralla y con grande regocijo las abrieron. Y al entrar yo por las puertas y salir los caciques prisioneros, después de habernos abrazado con notable regocijo de los unos y de los otros, dieron una buena carga de mosquetería.

Quedéme con los nuestros, y no sé cómo significar el gusto y placer que manifestaron aquellos soldados, abrazándome los unos y los otros, cual por los brazos, cual por las piernas, unos por delante y otros por las espaldas, dándome infinitos parabienes. Yo, con lágrimas en los ojos de alegría, no les acertaba a hablar palabra, y muchos me miraban con ternura por verme lastimado y en diferente traje del que solía tener, pues me veían descalzo de pie y pierna, con unas mantas largas por vestido sobre las carnes no acostumbradas a aquel traje.